

LOS SANTOS INOCENTES

MIGUEL DELIBES

La milana

LIBRO TERCERO



Y en éstas, se presentá en el cortijo el Azarías, y la Régula le dio los días y le tendió el saco de paja junto a la cocina como era habitual, pero el Azarías ni la miraba, se implaba y rutaba y hacía como si masticara algo sin nada en la boca y su hermana,

¿te pasa algo, Azarías, no estarás enfermo?

y el Azarías, la vacua mirada en el fuego, gruñía y juntaba las encías desdentadas, y la Régula,

ae, no te se habrá muerto la otra milana que tú dices ¿verdad, Azarías?

Y tras mucho porfiar, el Azarías, el señorito me ha despedido,

y la Régula,

¿el señorito?

Y el Azarías,

dice que ya estoy viejo, y la Régula,

ae eso no puede decírtelo tu señorito, si te pusiste viejo, a su lado ha sido, y el Azarías,

yo tengo un año más que el señorito,

y rutaba y mascaba la nada. sentado en el taburete, acodado en los muslos, la cabeza entre las manos, la mirada huera, fija en el hogar, pero, inopinadamente, se oyó el alarido de la Niña Chica y los ojos del Azarías se iluminaron, y sus labios se distendieron en una

sonrisa babeante, y le dijo a su hermana, arrímame a la Niña Chica anda,

y la Régula,

ae, estará sucia

y el Azarías,

alcánzame a la Niña Chica,

y, ante su insistencia, la Régula se incorporó y regresó con la Charito cuyo cuerpo no abultaba lo que una liebre y cuyas piernecitas se doblaban como las de una muñeca de trapo, como si estuvieran deshuesadas, pero el Azarías la tomó con dedos trémulos, la acomodó en el regazo, sujetó delicadamente su cabecita desarticulada contra su brazo fornido, bajo el sobaco, y comenzó a rascarle suavemente en el entrecejo mientras musitaba,

milana bonita, milana bonita...

y así que regresó Paco, el Bajo, del recorrido de la tarde, la Régula salió a su encuentro,

ae, tenemos visita, Paco, ¿a que no sabes quién te vino? y Paco, el Bajo, olfateó un momento y dijo,

tu hermano vino,

y ella

justo, pero esta vez no por una noche, ni por dos, sino para quedarse, él dice que el señorito le ha despedido, vete a saber, habrá que informarse, y a la mañana siguiente, conforme amaneció Dios, Paco, el Bajo, ensilló la yegua y, a galope tendido, franqueó la vaguada, el monte de chaparros y el jaral y se presentó, escoltado por los aullidos de los mastines, en el cortijo del señorito del Azarias, pero el señorito descansaba y Paco, el Bajo, se apeó y se puso un rato de cháchara con la Lupe, la de Dacio, el Porquero,

un piojoso, eso es lo que es, todo el tabuco lleno de mierda y, por si fuera poco, se orina las manos, será desahogado, y Paco, el Bajo, asentía, pero,

eso no es nuevo, Lupe y la Lupe,

nuevo no es, pero, a la larga, cansa,

con su interminable letanía de lamentaciones, y así hasta que apareció el señorito y Paco, el Bajo, entonces, se puso en pie, como era de ley,

buenas,

buenas nos las dé Dios, señorito

y se descubrió y empezó a darle vueltas y vueltas a la gorra entre las manos, como si le estorbase, y, al cabo,

señorito, el Azarías dice que usted le despidió, ya ve qué cosas, después de los años, que el señorito,

vamos a ver si nos entendemos, ¿quién eres tú?, ¿quién te dio a ti vela en este entierro?

y Paco, el Bajo, acobardado,

excuse, el hermano político del Azarías, el del Pión, donde la Señora Marquesa, un mandado de Crespo, el Guarda Mayor, para que me entienda;

y el señorito del Azarías ¡ah, ya!

y movía lentamente la cabeza, afirmando, los ojos cerrados, como pensativo, y al fin, admitió,

pues el Azarías no miente, que es cierto que le despedí, tú me dirás, un tipo que se orina las manos, yo no puedo comerme una pitorra que él haya desplumado, ¿te das cuenta?, ¡con las manos meadas!, eso es una cochinateda y dime tú, si no me pela las pito-tras ¿qué servicio me hace en el cortijo un carcamal como él que no tiene nada de aquí?, y se señalaba la frente, se hincaba con fuerza un dedo en la frente, y Paco, el Bajo, los ojos en las puntas de sus botas, continuaba girando la gorra entre las manos, así, sobre la parte, y al fin, juntó valor y razón, bien mirado, no le falta, señorito, pero hágase cuenta, mi cuñado echó los dientes aquí, que para San Eutiquio sesenta y un años, que se dice pronto, de chiquilín, como quien dice...

pero el señorito agitó una mano y le interrumpió,

todo lo que quieras, tú, menos levantarme la voz, sólo faltaría, que si a tu cuñado le aguanté sesenta y un años lo que merezco es un premio, ¿oyes?, que buenos están los

tiempos para acoger de caridad a un anormal que se hace todo por los rincones, y por si fuera poco, se orina las manos antes de pelarme las pitorras, una repugnancia, eso es lo que es, y Paco, el Bajo, sin dejar de dar vueltas a la gorra, asentía, cada vez más tenuemente, si me hago cargo, señorito, pero ya ve, allí, en casa, dos piezas, con cuatro muchachos, ni rebullirnos...

y el señorito,

todo lo que quieras, tú, pero lo mío no es un asilo y para situaciones así está la familia, ¿o no?

y Paco, el Bajo

si usted lo dice,

y, paso a paso, reculaba hacia la yegua, pero cuando puso pie en el estribo y montó, al señorito del Azarías se le amontonaron en la boca nuevas razones, que además de lo que te llevo dicho, tú, el Azarías blasfema y quita los tapones a las ruedas de los coches de mis amigos, date cuenta, así sea el mismísimo ministro, comprenderás que yo no puedo invitar a nadie para que ese anormal...

e iba alzando gradualmente la voz a medida que Paco, el Bajo, se alejaba al trotecillo de la yegua,

le deje los neumáticos en el suelo... ¡comprenderás...!

pero, bien mirado, el Azarías era un engorro, como otra criatura, a la par que la Niña Chica, ya lo decía la Régula, inocentes, dos inocentes, eso es lo que son, pero siquiera la Charito paraba quieta, que el Azarías ni a sol ni a sombra y, a la noche, ni pegar ojo, con sus paseos y carraspeos, y si se ponía a rutar era lo mismo que un perro, y así hasta la amanecida que asomaba a la corralada, mascando salivilla, el pantalón por las corvas, y los porqueros y los guardas y los gañanes, siempre la misma copla,

Azarías, ¿vas de pesca?

y él sonreía a la nada, según rascaba los aseladeros, y ronroneaba juntando las encías, y, al concluir, tomaba una herrada en cada mano y decía,

me voy por abono para las flores,
y, franqueaba el portón, y se perdía en la loma, entre las jaras y las encinas, buscando a Antonio Abad, el Pastor, que por la hora no podía andar lejos, y, así que se le topaba, se ponía a caminar parsimoniosamente tras el rebaño, agachándose y recogiendo cagarrutas recientes hasta que colmaba las herradas y, una vez llenas, retornaba al cortijo musitando palabras inaudibles, la blanca salivilla empastada en las comisuras y tan pronto entraba en la corralada, ya estaba la Pepa, o el Abundio, o la Remedios, la del Crespo, o quien fuera, ya vino el Azarías con el abono de los geranios, y el Alarías, sonreía, e iba bordeando los arriares y los macizos distribuyendo equitativamente los escíbalos entre ellos, y la Pepa, o el Abundio, o la Remedios, o el mismo Crespo, mete más mierda en el cortijo que la que saca, y la Régula, en paciente ademán, ae, no molesta a nadie y por lo menos está entretenido, pero el Facundo, o la Remedios, o la Pepa, o el mismo Crespo, torcían el gesto, tú te verás cuando vénga la Señora, pero el Azarias era diligente y aplicado y, mañana tras mañana, volvía de los encinares con dos cubos cargados de cagarrutas, de tal forma que, al cabo de unas semanas, las flores de los arriares emergían de unos cónicos montículos de escíbalos, negros como pequeños volcanes, y la Régula hubo de imponerse, ae, más abono, no, Azarías, ahora paséame un rato a la Niña Chica, le dijo, y, a la noche, rogó a Paco, el Bajo, que buscara algún quehacer para el Azarias, pues los jardines tenían abono de más y si se le dejaba inactivo, en seguida le entraba la perezosa y daba en acostarse entre los madroños y nadie podía hacer vida de él, mas, por aquellos días, el Rogelio, el muchacho, ya se manejaba solo, y andaba de aquí para allá con el tractor, un tractor rojo, recién importado, y sabía armarle y desarmarle y cada vez que veía a la Régula preocupada por el Azarías, la decía,

yo me llevo al tío, madre,

porque el Rogelio era efusivo y locuaz, todo lo contrario que el Quirce, cada día más taciturno y zahareño, que la Régula,

¿qué puede ocurrirle al Quirce de un tiempo a esta parte? se preguntaba, pero el Quirce no daba explicaciones y, cada vez que disponía de dos horas libres, desaparecía del cortijo y regresaba a la noche, un poco embriagado y grave, que nunca sonreía, nunca, salvo cuando su hermano Rogelio encarecía del Azarías,

tío ¿por qué no cuenta usted las mazorcas?

y el Azarias, dócilmente, ganado por la fiebre de ser útil, se arrimaba al enorme montón de panochas, orilla del silo y

una, dos, tres, cuatro, cinco...

contaba pacientemente, y; siempre, al llegar a once, decía, cuarenta y tres, cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco,

y, entonces, si, entonces el Quirce sonreía, con una sonrisa un poco tirante, un poco forzada, pero para una vez que sonreía, su madre, la Régula, se encampanaba y le regañaba, las piernas abiertas, los brazos en jarras, fustigándole con los ojos,

ae, bonito está eso, reírse de un viejo inocente es ofender a Dios, y; enojada, se iba en busca de la Niña Chica, la tomaba en sus brazos y se la entregaba al Azarias,

toma, duérmela, ella es la única que te comprende,

y el Azarías recogía amorosamente a la Niña Chica y, sentado en el poyo de la puerta, la arrullaba y la decía a cada paso, con voz brumosa, ablandada por la falta de dientes,

milana bonita, milana bonita,

hasta que los dos, casi simultáneamente, se quedaban dormidos a la solisombra del emparrado, sonriendo como dos ángeles, pero una mañana, la Régula, según peinaba a la Niña Chica, encontró un piojo entre las púas del peine y se encorajinó y se llegó donde el Azarías,

Azarías, ¿qué tiempo hace que no te lavas? y el Azarías,

eso los señoritos y ella, la Régula,
ae, los señoritos, el agua no cuesta dinero, cacho marrano,
y el Azarías, sin decir palabra, mostró sus manos de un lado y de otro, con la mugre acumulada en las arrugas, y, finalmente dijo humildemente, a modo de explicación,
me las orino cada mañana para que no me se agrieten, y la Régula, fuera de sí,
ae, semejante puerco, ¿no ves que estás criando miseria y se la pegas a la criatura?
pero el Azarias la miraba desconcertado, con sus amarillas pupilas implorantes, la cabeza gacha, gruñendo cadenciosamente, como un cachorro, mascando salivilla con las encías, y su inocencia y sumisión desarmaron a su hermana,
haragán, más que haragán, tendré que ocuparme de ti como
si fueras otra criatura, y, a la tarde siguiente, se encaramó al remolque, junto al Rogelio
y se fue a Cordovilla, donde el Hachemita, y compró tres camisetas y, de vuelta a casa, se encaró con el Azarías,
te pones una cada semana, ¿me has entendido?
y el Azarías asentía y hacía muecas, pero transcurrido un mes, la Régula volvió a buscarle, orilla del sauce,
ae, ¿puede saberse dónde pusiste las camisetas que te merqué?, va para cuatro semanas y aún no te lavé ninguna, y el Azarías humilló los amarillentos ojos sanguinolentos y rutó imperceptiblemente, hasta que su hermana perdió la paciencia y le zamarreó y según le sacudía por las solapas levantadas, descubrió las camisetas, una encima de la otra, sobrepuestas, las tres, y
marrano, más que marrano, que eres aún peor que los guarros, quitare eso, ¿oyes?,
quitate eso,
y el Azarias, sumisamente, se sacó la parcheada chaqueta de pana
parda y, luego, las camisetas, una tras otra, las tres, y dejó al descubierto un torso hercúleo, arropado por un vello canoso,
y la Régula,

ae, cuando te quites una te pones la otra, la limpia, quita y pon, ésa es toda la ciencia, y el Rogelio a reír, que se cubría la boca con su mano grande y morena para sofocar la risa y no irritar a su madre y Paco, el Bajo, sentado en el poyo, contemplaba la escena apesadumbrado y, al fin, bajaba la cabeza,

es aún peor que la Niña Chica, musitaba, y así fue corriendo el tiempo y, con la llegada de la primavera, el

Azarías dio en sufrir alucinaciones, y a toda hora se le representaba su hermano, el Ireneo, de noche en blanco y negro, como enmarcado en un escapulario, y de día, si se tendía entre la torvisca, policromado, grande y todopoderoso, sobre el fondo azul del cielo, como vio un día a Dios-Padre en un grabado y, en esos casos, el Azarías, se levantaba y se iba donde la Régula,

hoy volvió el Ireneo, Régula, decía,

y ella

ae, otra vez, deja al pobre Ireneo en paz y el Azarías

en el cielo está y ella,

a ven ¿qué mal hizo a nadie?

pero las cosas del Azarías en seguida trascendían al cortijo y los porqueros, y los pastores y los gañanes se hacían los contradizos y le preguntaban,

¿qué fue del Ireneo, Azarías? y el Azarías alzaba los hombros,

se murió, Franco lo mandó al cielo,

y ellos, como si fuera la primera vez que se lo preguntaban y ¿cuándo fue eso, Azarías, cuándo fue eso?

y el Azarías movía repetidamente los labios antes de responder, hace mucho tiempo, cuando los moros,

y ellos se daban de codo y reprimían la risa y reiteraban, ¿y estás seguro de que Franco le mandó al cielo, no le mandaría al infierno?

y el Azarías negaba resueltamente con la cabeza, sonreía, babeaba

y señalaba a lo alto, a lo azul,

yo lo veo ahí arriba cada vez que me acuesto entre la torvisca, aclaraba, pero lo más grave para Paco, el Bajo, eran los desahogos del Azarías, puesto que a cualquier hora del día o de la noche, su cuñado abandonaba la casa, buscaba un rincón, bien orilla de la tapia, o en los arriates, o en el cenador o junto al sauce, se bajaba los calzones, se acuclillaba y lo hacía, así que Paco, el Bajo, cada mañana, antes del recorrido, salía al patio como un enterrador, la azada al hombro y trataba de borrar sus huellas y luego, volvía a la Régula y se lamentaba,

este hombre debe tener las canillas flojas, de otro modo no se explica, y cada lunes y cada martes, aparecía en el cortijo un nuevo evacuatorio y Paco, el Bajo, venga, dale, con la azada, a cubrirlo, pero pese a sus esfuerzos, cada vez que salía de casa y ahuecaba los agujeros de la nariz -por donde al decir del señorito Iván, los días que estaba de buen talante, se le veían los sesos- le venía la peste y se desesperaba,

¡huele otra vez, Régula, tu hermano no tiene arreglo!, y la Régula, desolada,

ae, y ¿qué quieres que yo le haga? no es mala cruz la que nos ha caído encima, mas, por aquellos días, el Azarías empezó a echar en falta las carreras del cárabo y cada vez que sorprendía a su cuñado quieto, parado, se llegaba a él, zalamero,

arrímame a la sierra a correr el cárabo, Paco, le decía,

y Paco, el Bajo, mudo, como si no fuese con él, y el Azarías, arrímame a la sierra a correr el cárabo, Paco,

y Paco, el Bajo, mudo, como si no fuese con él, hasta que una tarde, sin saber cómo ni por qué, le vino la idea, que se abrió paso en su pequeño cerebro como una luz, y entonces, se volvió aquiescente a su cuñado,

y si te arrimo a la sierra a correr el cárabo ,lo harás en el monte? ,¿no volverás a ensuciarte en la corralada?

y el

Azarías, si

tú lo dices,

y; a partir de aquella fécha, Paco, el Bajo, cada anohecida, aupaba al Azarias a la grupa de la yegua y le llevaba con él de descubierta y, ya noche cerrada, se apeaban en la falda de la sierra, y, mientras Paco, el Bajo, se acomodaba en el canchal, a aguardar, orilla del alcornoque mocho, el Azarias se perdía en lo espeso, entre las jaras y la montera, encorvado, acechante como una alimaña, abriéndose paso entre la greñura y, al cabo de una larga pausa, Paco, el Bajo, oía su cita,

¡eh, eh!,

y acto seguido, el silencio, y al cabo, la voz levemente nasal del Azarías de nuevo,

¡eh, eh!

y tras citarle tres o cuatro veces en vano, el cárabo respondía, ¡buhó buhú!

y, entonces, el Azarías arrancaba a correr arruando, como un macareno, y el cárabo aullaba detrás y de cuando en cuando, soltaha su lúgubre carcajada y Paco, el Bajo, desde el Canchal del Alcornoque, sentía los chasquidos de la maleza al quebrarse y; poco después, el aullido del cárabo, y, después, su carcajada estremecedora y más después, nada y, transcurrido un cuarto de hora, aparecía el Azarías, el rostro y las manos cubiertas de mataduras, con su sonrisa babeante, feliz,

buena carrera le di, Paco, y Paco, el Bajo, a lo suyo,

¿diste de vientre? y el Alarías,

todavía no, Paco, no tuve tiempo y Paco, el Bajo,

pues, venga, aviva,

y el Azarías, sin dejar de sonreír, lamiéndose los rasguños de las manos, se alejaba unos metros, se doblaba junto a un tamujo y descargaba, y así día tras día, hasta que una tarde, al concluir mayo, se presentó el Rogelio con una grajeta en carnutas entre las manos,

¡tío, mire lo que le traigo!

y todos salieron de la casa y al Azarías, al ver el pájaro indefenso,

se le enternecieron los ojos, le tomó delicadamente en sus manos

y musitó,

milana bonita, milana bonita,

y, sin cesar de adularla, entró en la casa, la depositó en una cesta y salió en busca de materiales para construirle un nido y, a la noche, le pidió al Quirce un saco de pienso y, en una lata herrumbrosa, lo mezcló con agua y arrimó una pella al pico del animal y dijo>,afelpando la voz,

quíá, quiá, quiá,

y la grajilla rilaba en las pajas, ¡quíá, quiá, quiá!

y él, el Azarías, cada vez que la grajilla abría el pico, embutía en su boca inmensa, con su sucio dedo corazón, un grumo de pienso compuesto y el pájaro lo tragaba, y, después, otra pella y otra pella, hasta que el ave se saciaba, quedaba quieta, ahíta, pero a la media hora, una vez pasado el empacho circunstancial, volvía a reclamar y el Azarias repetía la operación mientras murmuraba tiernamente,

milana bonita,

murmullos apenas inteligibles, mas la Régula le miraba hacer y le decía confidencialmente al Rogelio,

ae, más vale así, buena idea tuviste,

y el Azarías no se olvidaba del pájaro ni de día ni de noche y en cuanto le apuntaron los primeros cañones, corrió feliz por la corralada, de puerta en puerta, una sonrisa bobalicona bailándole entre los labios, las amarillas pupilas dilatadas,

la milana ya está emplumando, repetía,

y todos le daban los parabienes o le preguntaban por el Ireneo, menos su sobrino, el Quirce, quien le enfocó su mirada aviesa y le dijo,

y ¿para qué quiere en casa semejante peste, tío? y el Azarías volvió a él sus ojos atónitos, asombrados,

no es peste, es la milana,

mas el Quirce movió obstinadamente la cabeza y, después, escupió,

¡qué joder!, es un pájaro negro y nada bueno puede traer a casa un pájaro negro, y el

Azarías le miró un momento desorientado y, finalmente, posó sus tiernos ojos sobre el cajón y se olvidó del Quirce,

mañana le buscaré una lombriz,

dijo, y, a la mañana siguiente, empezó a cavar afanosamente en el macizo central hasta que encontró una lombriz, la cogió con dos dedos y se la dio a la grajera y la grajera la engulló con tal deleite que el Azarías babeaba de satisfacción,

¿la viste, Charito? ya es una moza, mañana la buscaré otra lombriz, le dijo a la Niña Chica, y, paso a paso, la grajilla iba encorpano y emplumando dentro del nido, con lo que, ahora, cada vez que Paco, el Bajo, sacaba al Marías a correr el cárabo, éste se recomía de impaciencia,

apura, Paco, la milana me está aguardando, y Paco, el Bajo,

¿diste de vientre? y el Azarías,

la milana me está aguardando, Paco, y Paco, el Bajo, incommovible,

si no das de vientre, te tengo aquí hasta que amanezca y la milana se muera de hambre,

y el Azarías se afiojaba los calzones, no debes hacer eso,

rutaba, al tiempo que se acuclinaba orilla un chaparro y deyectaba, pero antes de concluir, ya estaba en pie,

venga, Paco, vivo, se subía apresuradamente los pantalones, la milana me está aguardando,

y distendía los labios en una húmeda, extraviada, sonrisa y mascaba salivilla con placentera delectación y este episodio se repetía cada día hasta que una mañana, tres semanas más tarde, según paseaba a la grajeta por la corralada sobre su antebrazo, ésta inició un tímido aleteo y comenzó a volar, en un vuelo corto, blando y primerizo, hasta alcanzar la copa del sauce, donde se posó, y, al verla allí, por primera vez lejos de su alcance, el Azarías gimoteaba,

la milana me se ha escapado, Régula y asomó la Régula

ae, déjala que vuele, Dios la dio alas para volar, ¿no lo comprendes?

pero el Azarías,

yo no quiero que me se escape la milana, Régula,

y miraba ansiosa, angustiadamente, para la copa del sauce y la grajilla volvía sus ojos aguanosos a los lados, descubriendo nuevas perspectivas, y, después, giraba la cabeza y se picoteaba el lomo, despiojándose y el Azarías, poniendo en sus palabras toda la unción, todo el amor de que era capaz, decía,

milana bonita, milana bonita, encarecidamente, pero el pájaro como si nada, y tan pronto la Régula arrimó al árbol la escalera de mano con intención de prenderlo y subió los dos primeros peldaños, la grajilla ahuecó las alas, las agitó un rato en el vacío, y, finalmente, se desasíó de la rama, y, en vuelo torpe e indeciso, coronó el tejado de la capilla y se encaramó en la veleta de la torre, allá en lo alto, y el Azarías la miraba con los lagrimones colgados de los ojos, como reconviniéndola por su actitud,

no estaba a gusto conmigo, decía, y, en éstas, se presentó el Crispulo y, luego, el Rogelio, y la Pepa, y el Facundo, y el Crespo, y toda la tropa, los ojos en alto, en la veleta de la torre y la grajilla, indecisa, se balanceaba, y el Rogelio reía,

cría cuervos, tío, y el Facundo,

a ver, de que cogen gusto a la libertad, y porfiaba la Régula,

ae, Dios dio alas a los pájaros para volar,

y al Azarías le resbalaban los lagrimones por las mejillas y él trataba de espantarlas a manotazos y tornaba a su cantinela,

milana bonita, milana bonita,

y, según hablaba, se iba apartando del grupo, apretujado a la sombra caliente del sauce, los ojos en la veleta, hasta que quedó, mínimo y solo, en el centro de la amplia corralada, bajo el sol despiadado de julio, su propia sombra como una pelota negra, a los pies, haciendo muecas y aspavientos, hasta que, de pronto, alzó la cabeza, afelpó la voz y voceó,

¡quía!

y, arriba, en la veleta, la grajilla acentuó sus balanceos, oteó la corralada, se rebulló

inquieta, y volvió a quedar inmóvil y el Azarías, que la observaba, repitió entonces,

¡quíá!

y la grajilla estiró el cuello, mirándole, volvió a recogerlo, tornó a estirarlo y, en ese momento, el Azarías, repitió fervorosamente,

¡quíá!

y, de pronto, sucedió lo imprevisto, y como, si entre el Azarías y la grajilla se hubiera establecido un fluido, el pájaro se encaramó en la flecha de la veleta y comenzó a graznar alborozadamente,

¡quíá, quiá, quiá!

y en la sombra del sauce se hizo un silencio expectante y de improviso, el pájaro se lanzó hacia adelante, picó, y ante la mirada atónita del grupo, describió tres amplios círculos sobre la corralada, ciñéndose a las tapias y; finalmente, se posó sobre el hombro derecho del Azarías y empezó a picotearle insistentemente el cogote blanco como si le despjojara y Azarías sonreía, sin moverse, volviendo ligeramente la cabeza hacia ella y musitando como una plegaria,

milana bonita, milana bonita.